nable, por lo completo y lo bien arreglado, el equipo quirúrgico de aquella sección.

“Y pude admirar, cuando se desarrollaba el combate de Paredón, la solicitud con que el doctor Silva, robusto, moreno, con sus bigotes y barba cortada en punta y sus espejuelos oscuros, hombre de sesenta años, se multiplicaba solícito, en medio de la lluvia de proyectiles, para impartir en el campo de batalla los primeros cuidados a los heridos y organizar su transporte al hospital de sangre, improvisado en la estación ferrocarrilera.

“Después sobrevino la escisión entre los generales de la División del Norte y el Primer Jefe, y se registraron las conferencias de Torreón entre delegados de la citada División y de la del Noroeste. El doctor Silva las presidió con espíritu noble y conciliador. Más que ninguno trató de unir de nuevo en fraternal abrazo a todos los revolucionarios que luchaban contra Huerta, a impedir que, al triunfo de la revolución, se entronizara una nueva dictadura irresponsable, proponiendo la reunión de una convención formada por delegados que representarían los anhelos de todos los soldados revolucionarios, y a que la misma revolución se encarrilara por la vía de las reformas sociales que ardentemente anhelaba el pueblo mexicano. Desgraciadamente, los resultados de dichos acuerdos toparon con la oposición abierta de Carranza, quien no aceptó muchas de sus cláusulas y modificó las restantes. El conflicto continuaba en pie. En el mes de septiembre el doctor Silva marchó a la capital, en unión de otros representantes de la División del Norte, con la noble mira de arreglar las dificultades existentes y evitar nuevas luchas armadas. Fracasaron los representantes del general Villa ante la testarudez de Carranza.

“Se reunió la Convención de Aguascalientes, cuya historia ha sido falseada, con el resultado que todos conocemos. El doctor Silva, decepcionado y enfermo gravemente de la vista, hubo de permanecer en la ciudad de México, perseguido por las administraciones carrancistas, ocultándose en casas de amigos hospitalarios. A fines de 1915 se acogió a la amnistía dictada por el general Pablo González y pudo entonces, por algunos meses, atender a sus graves dolencias. Fue operado de los ojos y cuando aun no se restablecía de la operación que le fue practicada y se hacía ilusiones de regresar a su querida Morelia a rehacer su vida y su modesta fortuna, fue aprehendido en los primeros meses de 1916 y, llevado entre filas de tropa a Veracruz, se le embarcó con dirección a La Habana. Era el destierro duro. La enfermedad se agravó. Su estado era lastimoso y su pobreza grande. Su único anhelo consistía en morir en el suelo y bajo el cielo que lo vieron nacer. Muchos hombres prominentes, entre ellos el ilustre Márquez Sterling, se dirigieron a Carranza pidiéndole permiso para que el doctor Silva regresara al país. El Primer Jefe se mostró inflexible. Aquel revolucionario probo y recto, murió en La Habana el 20 de agosto de 1916”.

El Porvenir del Pensamiento Creador

Por GEORGES DUHAMEL

LAS dramáticas dificultades en que se debate la cultura, en Francia como en otros muchos países, acarrearán ya desde hoy resultados que muy pronto van a ser visibles a todas las miradas.

Multitud de espíritus creadores comienzan a alejarse de lo que llamaremos aquí la expresión tipográfica. Lo hacen algunos con una especie de alegría, y con la esperanza de crear un arte nuevo: son éstos los cineastas inspirados, los que se esfuerzan por no pensar ya con palabras, sino con imágenes, con luces y sombras. Podemos suponer que, a pesar de las exigencias de la máquina parlante, el texto en la evolución próxima del cine, apenas si va a tener mayor importancia que un simple condimento.

De grado o por fuerza, otros espíritus se vuelven ya hacia el radio. Yo no creo que marchen hacia él impulsados por una vocación imperiosa. El “charlista” del radio no ve a su auditorio. No llega a sentirse espoleado por la exaltación oratoria, si no es a precio de un fuerte desgaste imaginativo. En cuanto a la paga que recibe ese “charlista”, es, bastante mediocre, según se expondrá en seguida. Todo me lleva, consecuentemente, a suponer que el escritor que se refugia en el radio lo hace para abrirse una carrera nueva, para asegurarse caminos nuevos, para hacerse de un público nuevo, para aumentar sus recursos y, en todo caso, para expresarse en una forma nueva, para dar salida al demonio que todo escritor lleva consigo. El escritor, que por naturaleza busca lo eterno, tiene ahora que contentarse con lo fugaz. El libro, el folleto, el documento fotográfico son frágiles, vulnerables, ciertamente; pero aun así, para nosotros, seres frágiles, vulnerables, representan cierta garantía de perennidad. El escritor nunca renunciará sin pena a editar, a fijar su obra, y a dejar una huella de su trabajo y de su pasión.

El radio no ha prescindido aún del texto: en el estado actual del problema, todavía requiere un manuscrito. El autor necesita llevar su pensamiento hasta las palabras. Un gran esfuerzo, sí, pero, al propio tiempo, una ventaja. Una gran ventaja, en medio del desorden de nuestra época. No creo equivocarme al asegurar que la mayoría de los escritores auténticos que hablan por radio, desean ver publicado su trabajo, darle, en suma, su normal destino. Algunos pueden hacerlo todavía, pero son poquísimos. Y todos los demás han de resignarse a que sus pensamientos se pierden en el estremecimiento de las ondas. Dolorosa prueba.

Todo hace suponer al observador atento que, en años próximos, multitud de casas editoras van a tener que cerrar sus puertas. Las grandes revistas que sirven todavía a numerosos trabaja-

dores, investigadores y espíritus inventivos, las grandes revistas no resistirán, si a tanto llegan, sino mediante maniobras económicas y políticas ajenas a la literatura. El "mercado exterior", como dicen los especialistas, está ya casi cerrado. El "mercado interior", es débil, vacilante, la librería agoniza. Las nuevas condiciones del trabajo y, por otra parte, el fisco, vienen planteándole problemas que aquélla no está en condiciones de resolver. El hombre que hasta ayer se titulaba "escritor", siente que muy en breve va a convertirse en un "charlista". No es que vaya a desaparecer: se le necesita todavía. Va a continuarse, a prolongarse dentro de una sociedad nueva; pero se hallará despojado casi de sus más antiguos privilegios.

La radiodifusión del Estado puede servirnos de ejemplo, pues necesita de lo inédito. Está en ello su fuerza: puede ofrecer a su auditorio frases nuevas, y tiene excusas atendibles, ya que viene a dar cabida a textos que, sin ella, correrían el riesgo de morir de asfixia en la prisión de las gavetas. La radiofonía es una gran engullidora: absorbe y "eteriza" piezas teatrales, cuentos, reportajes, ensayos, poesías. Ah! pero que los escritores no se confíen mucho. Esas radiodifusiones que en el momento actual representan para él una carrera suplementaria a veces y a veces, complementaria, corre el inminente riesgo, según van las cosas, de ser la principal vía de expresión. Es muy posible que la mayoría de los escritores, dentro de muy poco, tengan serias dificultades para publicar lo que escriben y que hayan de contentarse con "hablarlo" ante el micrófono. El escritor va a convertirse muy pronto en un trovador, como lo fue en la Edad Media, antes de la invención de la imprenta. Y, acaso, sentirá la fatiga de escribir y de preparar esa literatura destinada a volatilizarse en ruido... Se contentará entonces con la improvisación...

¿Y qué importa, se dirá, qué importa?... Así va a florecer un arte nuevo. El inventor de mitos, el propagador de ideas, en una palabra, el escritor de antaño, sabrá adaptarse a las nuevas circunstancias y, como quiera que sea, conservará su sitio en el concierto de la inteligencia.

Pero, ay!, es de temerse que ese sitio vaya siendo cada vez más pequeño. Con dolorosa sorpresa he ido hojeando documentos, datos concernientes a la radiodifusión del Estado. Son numerosos ya los escritores que trabajan para estos servicios y, la mayoría de ellos, gozan de estimación y de renombre. Se han tenido que someter a múltiples pruebas: han de tener ideas, han de saber exponerlas, han de hacerse oír, han de dedicarse a su obra, esto es, han de dedicarse a escribir. Necesitan ir de un lugar a otro, además, pues la radiodifusión no se hace a domicilio. Y, por último, se les pide un cierto esfuerzo vocal, que requiere aptitudes y una especial preparación. Este complicado trabajo se ve recompensado muy escasamente. A tal respecto es doloroso comprobar que los honorarios comunes y corrientes en Fran-

cia, país de alta cultura, son muy inferiores a los que perciben por el mismo oficio los escritores de casi todos los países extranjeros. Es verdaderamente doloroso comprobar que estos hombres a quienes se ha exigido tanto—y en primer lugar, el sacrificio de dejar su obra en calidad de simple sonido—reciben un mezquino y casi irrisorio salario.

Mejor trato suelen recibir los actores y aún llegan a alcanzar el éxito de que se repitan sus obras. Pero el escritor pone en su trabajo algo que no es sólo tiempo y aliento: también su propia substancia. Escritor es quien crea, y su obra se halla en la base de todo y es acreedora, por tanto, a una consideración especial.

Sobre esta grave materia he consultado a todos los miembros del Consejo Superior de la Radiodifusión a quienes he logrado entrevistar. Todos, unánimemente, deploran esta humillante situación.

El envilecimiento del creador, del descubridor, del inventor, del creador de imágenes y fábulas, del animador de palabras e ideas, el envilecimiento del escritor, para decirlo escuetamente, no es un simple asunto corporativo. Si el poeta es postergado, reducido a empleos mezquinos, puesto al nivel de los empleados subalternos, el mundo entero ha de resentirlo. Si, privado de sus vehículos y de sus armas, y confinado a lamentables oficios, el espíritu deja de velar y de combatir, la multitud de los hombres quedará muy pronto abandonada; sin defensa ante el empuje de los ambiciosos, y la sociedad entera correrá el riesgo de volver a caer en la barbarie primitiva.

El reciente proyecto de M. Jean Zay nos hace esperar que el Estado procurará en efecto proteger al escritor contra mil iniquidades y, desde luego, contra el editor, cosa a menudo tan urgente. Y nunca como ahora parece también oportuno pedir que el Estado proteja al escritor contra el propio Estado.

En estos tiempos turbios en que nos debatimos, defender al escritor es defender la causa de la cultura, es decir, la causa del hombre.

Es urgente que los poderes públicos se interesen por resolver este problema. Y es urgente que los escritores, unidos todos, manifiesten que han comprendido el peligro en que está su causa, pues esta causa es la del verbo y, en cierto modo, se identifica con la de la especie humana.

(Mercure de France, París, Marzo de 1937).

Un Discurso de D. Fernando de los Ríos

ES para mí un honor hablar ante la representación de la prensa; ante el *National Press Club* en que por ser *National* tienen cabida todos los matices de opinión. Mas al par que es un honor hablarlos, es motivo de responsabilidad intelectual el hacerlo, porque lo que esperáis de mí, a fuer de